

Colección Coyoyitos

# LA LARGA NOCHE EN QUE LA MÚSICA ENMUDECIÓ

JULIO CÉSAR SÁNCHEZ

Ilustraciones de Manu Cortez



PLANO EDITORIAL



# **LA LARGA NOCHE EN QUE LA MÚSICA ENMUDECIÓ**

**JULIO CÉSAR SÁNCHEZ**  
Ilustraciones de Manu Cortez

Don Silva de Pituil subió al colectivo una tarde y se marchó, llevando la caja negra con el bandoneón como su único equipaje. Parecía que nada más llevaba ese hombre, que había sido músico en bailes, casamientos y bautismos desde que fuera un niño. Quizá por estar ocupados en el agua de riego, en el atado de los cañizos para los techos o en el conteo de los cabritos antes de las pariciones, las gentes del lugar no fueron a despedirlo y él se fue con la música a otra parte. Al irse, iba dejando de ser don Silva de Pituil, para ser Silva nomás. También fueron quedando atrás los amigos, los álamos plantados en hilera a la orilla de las acequias, el jarillal oloroso y el color del cerro morado. Más de dos veces se dio vuelta para retener aquellas imágenes queridas que, desde entonces, quiso guardar en la memoria.

Cuando él se fue vino la noche  
—como una gran señora muda



vestida de negro— que envolvió, primero, las casas con su manto y después subió por las calles y fincas, trepó por los arenales hasta el cerro y llegó al cielo. Quedaron oscuros y silenciosos el mundo de arriba y el pueblo de abajo. Y las estrellas —lejanos corazoncitos hechos de luz y música— dejaron de palpar y ya no las encontraron los enamorados que las buscaban en el firmamento.

Más de dos mil kilómetros viajó Silva, siempre hacia el sur, para llegar al mundo nuevo y desconocido donde está el mar y donde lo esperaban los hijos que lo habían mandado a llamar para que no viviera solo. Por el camino fueron sucediéndose paisajes cambiantes a los que apenas si prestaba atención, abstraído en pensamientos y música que lo tiraban para atrás, sin importar lo lejos que el ómnibus lo llevara hacia adelante. Por mesetas, por depresiones salinas, por costas con playas



de pedregullo, por semidesiertos patagónicos plantados con máquinas para sacar petróleo, dejó rodar el tiempo y se dejó llevar hasta llegar al lugar donde lo esperaban.

Se abrazó a los hijos y a las nueras, conoció a los nietos y se reencontró con personas venidas de su mismo pueblo a las que hacía tiempo no veía, que alguna vez habían dejado sus raíces para salir a buscar trabajo. Alegres, le pidieron que tocara y el músico tocó toda la noche. El sonido del instrumento los emocionó, y aquellos desterrados cantaron y bailaron al compás de las canciones que mantenían vivas en sus corazones. El bandoneón, estirado hacia arriba como una escalera sonora, subió a buscar a los espíritus de los viejos maestros que le enseñaran al maestro Silva. Pero para él, la música no sonaba como siempre había sonado, quizá porque le faltaba aquella resonancia que le regalaban el cerro, el arenal y el jarillal lejanos.

Los hijos de Silva debieron volver a los trabajos en campamentos petroleros y él se quedó en la casa cerca del mar. De tanto en tanto, ellos regresaban y lo animaban con su presencia, y él agradecía con su instrumento, como acariciándolos. Cuando otra vez se iban, salía a conocer el pueblo –que le parecía hecho solo de espumas, de pedregullo, de lobos marinos y de rocas– y donde el viento lo azotaba como el recuerdo de Pituil. A veces, canturreando, se alejaba para llevar el bandoneón a sonar en las playas desoladas y para ver amanecer el sol en aguas abiertas, alzar en vuelo a los *cormoranes* desde los acantilados y sentir el grito de los lobos de mar, que respondían a los acordes del instrumento como si contestaran al desafío de otros lobos en celo.

Una tarde anaranjada, a la orilla del océano, soñó con aves marinas lanzadas en picada hacia el fondo de la caja del bandoneón –como si fuera a las profundidades de un mar que atesoraba

cardúmenes de maravillas— para luego salir de ella con los picos cargados de papeles que se agitaban como peces, y elevarse en vuelo hacia el cielo que olía a redes de pesca y marejadas. Desde entonces, ya no volvió a salir, ni vio a los pájaros ni al mar. Y dejó de tocar, vaciado de su propia música como un cofre saqueado de sus tesoros. Guardó el bandoneón en el estuche y ya no volvió a abrirlo. Con el tiempo, cerró también la caja negra de los recuerdos para evitar que lo asaltaran como cormoranes. Perdió la memoria o ya no quiso recordar. Olvidó el habla o se negó a hablar, y a canturrear... Bloqueado el entendimiento, senil, olvidó el rostro de los hijos y nietos, y ya no pudo reconocerlos. Quedaron el bandoneón y él en un rincón, enmudecidos y solos como dos muebles queridos, pero inservibles, que nadie se atreve a desechar. En ocasiones, las nueras se detenían para verlos y hablarles, como si vieran y hablaran a los crisantemos.

En el pueblo de Pituil nada había permanecido igual desde que don Silva se marchase. La música de los grabadores —lanzada al aire por los parlantes en los bailes— no acertaba con el ritmo ni el tono, y hacía equivocar a los bailarines y disgustar a los que escuchaban desde sus casas. Ese sonido les parecía pobre y falto de magia, y no alcanzaba para dar color y brillo a las celebraciones. Un manto





gris opacaba el cielo, el cerro, las casas y las calles, como si un viento zonda arenara los ojos y zumbara en los oídos y el pensamiento. El sol no alcanzaba a quemar y las uvas apenas si maduraban, los aguardientes parecían agua y los vinos se avinagrababan. Las cabras malparían en el campo y las casas, heladas en invierno y calientes en el verano, ya no parecían estar hechas de adobes y cañas aislantes, sino más bien de bloques de cemento y de chapa como las de las ciudades.

Hasta que una cinta con los temas de don Silva, tocados con el bandoneón, fue encontrada en la escuela y puesta a sonar por las maestras durante un recreo.

Los niños que jugaban dejaron sus piedras libres, sus rondas y sus trompos y corrieron a agolparse a las puertas del aula desde donde salía la música. Los vecinos vaciaron las casas y salieron a la calle, y los que andaban en las fincas y campos dejaron los quehaceres para oír aquello que traía remedios al alma.

Todo fue una fiesta. El cielo se limpió, el sol agarró brasa, parieron otra vez las cabras, el aguardiente nuevo ardía al arrimarle una llamita, el

vino recién pisado se puso atrevido y volteador, y los bailarines retomaron paso y se movían ariscos levantando polvaredas; hasta que la cinta de grabación se deshilachó, deformó la música y terminó sonando como voces de brujas venidas de las salamancas.

Sin aquella música luminosa, el manto gris opacó otra vez al mundo y su gente y trastocó los calendarios, los turnos de riego, y los ciclos de gestación de los animales y las plantas.

Fue por eso que escribieron para que volviera.

Cuando desde Pituil llegó la carta hasta el pueblo que orillaba el mar, Silva vegetaba en un cielo de *alfalfares* que alumbraban las luces verdes de las luciérnagas. En el escrito, dirigido a los hijos, los vecinos pedían encarecidamente el regreso del músico para devolverle al pueblo la cadencia de las zambas, los soles y el calor de los veranos y el paso saltarán de las aguas por las acequias. Y para restituirle al santo patrono San Antonio el Niñito de bulto que le habían quitado de los brazos, a la espera de que produjera el milagro.

Los hijos de Silva pensaron que sería en vano enviar de vuelta a ese hombre que había envejecido en poco tiempo y perdido la prodigiosa movilidad de manos y dedos para tocar y la coordinación de pies para acompañar el ritmo, y que estaba lejos de ser el bandoneonista que fuera. Sin embargo, ante la súplica de la comunidad y contagiados por la fe y la esperanza –que la carta transmitía–, un





día lo cargaron al ómnibus y le encomendaron a los conductores bajarlo cuando llegaran a destino. Con una nota *la* monocorde que le sonaba en los oídos, con los ojos abiertos, insensible al paisaje, al hambre, a los cambios de temperatura y a los *barquinazos* del ómnibus, Silva viajó de regreso a su pueblo.



Los habitantes de Pituil salían a esperarlo todos los días. Lo imaginaban llegar en el colectivo –antecedido por los acordes vibrantes del bandoneón, rebosante en su traje nuevo y sentado sobre un improvisado pescante– por la calle y cuesta arriba hacia la plaza engalanada. En vano fueron pasando los días. Los coches de pasajeros llegaban magros, pobres de color y alegría. Hasta que un día, un transporte sombrío como los anteriores se detuvo y un anciano fue ayudado a descender por uno de los choferes. Los que lo aguardaban no alcanzaron a reconocer en ese viejo de andar inseguro al hombre que esperaban; el otro conductor bajó la caja negra del bandoneón para dejarla al lado del anciano taciturno.

Hombre y caja negra, bandoneón y hombre, no podía ser otro. ¡Era don Silva! El músico y su bandoneón habían regresado.

Entumecido el cuerpo por el largo viaje y el alma por la prolongada ausencia, el hombre fue ayudado a sentarse en una silla. Con los ojos entrecerrados, dormitaba. Lo vieron tiritar y le

alcanzaron una copita de *grapa anisada*. Al beberla, se estremeció por el recio sabor del alcohol de las uvas y por el perfume antiguo del anís, y fue como si renaciera. Levantó el rostro, abrió los ojos terrosos de mirar lejanías y vio el cerro morado, las casas de adobe y cañas, las calles de la infancia, y oyó a la gente con sus voces esdrújulas.

Había regresado a su pueblo. Abrió el bandoneón y la más bella música salió del instrumento.

Como una escalera para subir al cielo, estiró el fuelle hacia arriba y tocó para los ángeles. Los papeles con su música –que las aves marinas le habían sacado como si fueran peces– bajaron desde el aire hacia el interior de la caja en la que anidaba el instrumento. La música recorrió el velo gris que opacaba la vida.

Todos bailaron en la calle.

El Niñito Dios de bulto le fue devuelto al santo patrono San Antonio y el agua cantaba por las acequias.



## **GLOSARIO**

---

**Cormoranes:** grandes aves que habitan en las costas marinas y se alimentan de peces.

**Alfalfares:** terreno sembrado de alfalfa (planta comestible utilizada comúnmente para alimentar al ganado).

**Barquinazo:** tumbo o vaivén de un vehículo.

**Grapa anisada:** bebida alcohólica elaborada con el hollejo de la uva y saborizada con anís.

Gobernador de la Provincia de La Rioja  
**RICARDO CLEMENTE QUINTELA**

Vicegobernadora de la Provincia de La Rioja  
**TERESITA LEONOR MADERA**

Jefe de Gabinete A/C Secretaría de la Gobernación  
**JUAN LUNA CORZO**

Secretaria de Comunicación y Planificación Pública  
**MARÍA LUZ SANTANGELO CARRIZO**

Ministro de Turismo y Culturas  
**GUSTAVO ANÍBAL LUNA**

Secretaria de Culturas  
**PATRICIA HERRERA**

A/C Coordinación de Letras  
**MARÍA JOSÉ RICO**

Dirección Editorial  
**PATRICIA HERRERA**  
**PAOLA AUDISIO**

Consejo Asesor  
**SILVIA BAREI**  
**HÉCTOR DAVID GÁTICA**  
**RAQUEL GUZMÁN**  
**ALDO PARFENIUK**  
**TOMÁS VERA BARROS**

Coordinación Editorial  
**IRIS LASTRÁ**

¿Cómo crear, desde el Estado, proyectos dedicados a las infancias?  
¿Cómo, desde el compartir historias y anécdotas, abrazamos nuestra identidad?

Y es así como esta colección, *Coyoyitos*, nace para enriquecer la literatura infanto-juvenil, tanto de la provincia de La Rioja, como de la región y de nuestro país. Estos textos abogan, en clave federal y cultural, por nuestra riojanidad a través de relatos, tradiciones, colores, olores, impresiones, sensaciones e ilustraciones. Además, fueron convocados para este proyecto colectivo artistas visuales, emergentes y consagrados que interpretaron los textos y nos brindaron su visión creativa.

Estos textos construyen, por medio de sus palabras, el paisaje regional con el que nos encontramos cuando salimos a la calle; el vasto territorio en el que vivimos y que admiramos, como en *El viajante* de Mario Remberto Silva o *La noche en que la música enmudeció* de Julio César Sánchez; las personas con las que nos cruzamos todos los días y que nos cuentan maravillosas historias, como en *El corazón de manzana de los chañares*, también de Julio, o *Arcoiris de lanas* de Liliana Noemí Cevallos; o el valor que le damos a los momentos compartidos, plasmados en la antología *Coyoyitos. Poemas y nanas para niños y niñas*, con textos de Liliana, Ramón "Monchi" Navarro y Olga Esmeralda Alegre.

Queremos reforzar el puente que une a niños, niñas y adolescentes con nuestra identidad.

Queremos crear momentos mágicos de lectura.

**Prof. Patricia Herrera**  
Secretaria de Culturas

Sánchez, Julio César

La larga noche en que la música enmudeció / Julio César Sánchez ; Ilustrado por Manu Cortez. - 1a ed - La Rioja : Plano Editorial, 2024.

12 p. : il. ; 14 x 20 cm. - (Coyoyitos / )

ISBN 978-987-82891-6-8

1. Libro infantil y juvenil. 2. Literatura Infantil. I. Cortez, Manu, ilus. II. Título.

CDD 808.068

Diseño de colección: Ramón "Monchi" Romero

Ilustraciones: Manu Cortez

Maquetación: Facundo A. Avaca Godoy

Edición: Florencia Guitelman

Corrección: Deborah Barrionuevo y Bárbara Delgado

Coordinación editorial: Iris Lastra

Dirección editorial: Patricia Herrera

© 2024 Julio César Sánchez

© 2024 Plano Editorial

planoeditoriallr@gmail.com

@planoeditorial.lr

2024 1ra. edición

Queda hecho el depósito que previene la Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

LA LARGA NOCHE EN QUE LA MÚSICA ENMUDECIÓ, de Julio César Sánchez,  
se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2024

en INNOVA IMPRESIONES

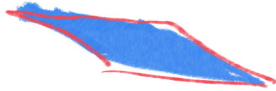
REPÚBLICA ARGENTINA

Edición bajo Resolución S.C. N° 438.

Tirada: 300 ejemplares



La colección COYOYITOS reúne cuentos y poemas de escritores de La Rioja con ilustraciones de jóvenes artistas, también riojanos. Fueron escritos para que los chicos y chicas disfruten de nuestros paisajes, nuestra gente y nuestra identidad. Todos los que forman la colección ganaron el Concurso Provincial de Cuentos, Poemas y Nanas de la Secretaría de Culturas, coordinado por Mariano Medina y Adriana Petrigliano. El jurado de Cuentos y Poemas estuvo conformado por Jorge Eduardo Accame, Laura Roldán y Soledad Olmos. Esperamos que disfrutes del canto de estos “coyoyitos” de papel.



ISBN 978-987-82891-6-8



**RECOMENDADO  
PARA LECTORES**

**+8**

